

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



*En recuerdo
de Óscar Mavila Marquina
(1945 - 1999)*

Cuadernos del Archivo de la Universidad **16**

Lima, 2000

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla

René Ortiz Caballero

Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz

Archivero de la Universidad

La edición de este *Cuaderno* fue dirigida por el licenciado Ricardo Sumalavia, profesor del Departamento de Humanidades.

Pontificia Universidad Católica del Perú

En recuerdo de Óscar Mavila Marquina
(1945-1999).

– Lima: PUCP, 2000.

46 p.; 20 cm. (Cuadernos del Archivo de la
Universidad: 16)



A handwritten signature in black ink, consisting of a large, stylized initial 'O' followed by the name 'Mavila' and a long, sweeping underline.

ÓSCAR MAVILA MARQUINA
en el Aula B del Centro de Estudios Orientales
Departamento Académico de Humanidades

Presentación

Agradezco especialmente la invitación a participar en el merecido homenaje que este *Cuaderno del Archivo de la Universidad* dedica al profesor universitario y amigo entrañable, Óscar Mavila Marquina.

No resulta fácil presentar un *Cuaderno* tan rico en contenido y cariño, donde profesores, exalumnos y amigos han escrito con tanta profundidad y acierto sobre Óscar. Yo me limitaré a hacerlo desde mi simplicidad y afecto, "*con los ojos del corazón*".

Y al tratar de extraer del rico mosaico de una personalidad tan bien dotada como la de Óscar, me atrevo a sintetizar y elegir dentro de su tarea como profesor de la Universidad: su habitual ACOGIDA, dispuesta siempre a ayudar, **descubrir** y potenciar.

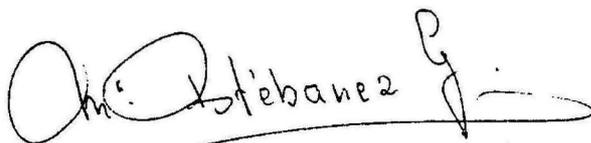
Conocí a Óscar Mavila siendo él alumno de mis cursos de Latín en la Facultad de Letras, pero fue años más tarde, como colega y amigo, cuando realmente se me brindó la ocasión de descubrir sus valores y calidad humana.

Como Coordinadora de la Especialidad de Lingüística y Literatura -función en la que él me sucedería posteriormente- dialogábamos con frecuencia. La sintonía era grande y el tema obligado: nuestros alumnos, sus problemas e inquietudes, sus posibilidades y avances. Ante todo, cómo ayudarlos, cómo favorecer e integrar su formación. Recordaré siempre que en una de estas conversaciones, refiriéndose a uno de nuestros alumnos, Óscar me decía: "*Desde su llegada a la Universidad descubrí en él un diamante, un diamante "en bruto", y ahora, pasados unos años, voy descubriendo que, paso a paso, se ha ido tallando, modelando, cincelandando...*"

DESCUBRIR sintetiza para mí la valiosa tarea que Óscar realizó y vivió como maestro universitario. **Descubrir** para poder valorar, potenciar y cincelar. Por algo, la riqueza etimológica del *educere* latino: *sacar de dentro, conducir desde...* Valiosa tarea del que educa, del que forma, del que ayuda a extraer lo mejor de nosotros, lo que cada una y cada uno llevamos dentro. Recuerdo ahora la conocida anécdota de aquel niño que, al pasar por un taller de escultura, vio descargar un enorme bloque de piedra y cuando, después de varias semanas, volvió al taller, no salía de su asombro viendo que el escultor había esculpido una linda estatua ecuestre. “¿Cómo sabías, preguntó admirado el niño, *que dentro de esa piedra había un caballo?*”

Descubrir, valorar y potenciar las aptitudes, los conocimientos que el discípulo posee ya en germen, pero quizá en estado informe, *el diamante en bruto*. Labor de escultor, labor propia de todo buen educador, y que Óscar, como maestro universitario, supo realizar con acierto paso a paso, día a día, porque sabía descubrir, valorar y potenciar. Su presencia y su acogida creaban espacios que facilitaban el diálogo, suscitaban preguntas y motivaban respuestas que ayudaban a crecer, siempre potenciando y respetando.

Óscar pasó por la Universidad Católica comunicando vida. Me atrevo a afirmar que ahora también, aunque de otra manera, *continúa* su tarea. Es otra manera de presencia que sólo desde la fe se percibe. Él sigue viviendo entre nosotros también ahora que ha sido llamado desde la vida a la VIDA verdadera, una vida nueva, sin los límites y las fronteras del tiempo. Óscar también ahora seguirá “descubriendo”, ayudando y, sobre todo, intercediendo por la Universidad Católica y su comunidad universitaria a la que con tanta dedicación se entregó y sirvió. GRACIAS, Óscar. Seguimos contando contigo.



María Purificación Estébanez Gallego
Profesora emérita
Departamento de Humanidades

No. 706

Nombre y Apellido del Alumno
César Alejandro María Marquina



hijo de *César*

nacido en *Lima* el *20* de *enero* 19*45*

con Libreta Electoral No. *—* y Libreta Militar No. *—*

domiciliado en *Av. Nueva* Calle *Balle Nueva* No. *189* Tel. No. *—*

queda matriculado como alumno del *primer* año de la Facultad de *Letras*

Lima, *31* de *marzo* de 19*62*

Alavil

Secretario de la Facultad

Recibo de Tesorería (Matrícula) No. *4687* Recibo de Tesorería

Curso de Cargo

Observaciones

Ficha de matrícula n° 706 de la Facultad de Letras
(Lima, 31 de marzo de 1962)
Libro de matrículas de la Facultad de Letras (1962), p. 145

No nos será posible olvidarte

*Salomón Lerner Febres**

Ayer, aquí en la misa, se leyó el evangelio de Juan; y las palabras que allí resonaron con el valor eterno que encierran, alcanzaron sin embargo una actualidad y pertinencia sobrecogedoras: decía el discípulo amado de Jesús refiriéndose a lo que había dicho el Maestro:

“Dentro de poco el mundo no me verá, pero ustedes me verán y recordarán porque yo sigo viviendo. Entonces sabrán que yo estoy con mi Padre y ustedes conmigo y yo con ustedes ...” Era la palabra misma de Dios, dicha por Él y a Él referida pero que sin embargo se extendía a quienes dentro de lo existente eran su más amada y perfecta creación: los hombres.

Óscar se hacía de este modo vicario del mensaje de Cristo y nos decía de modo claro que no nos había abandonado, que nos seguía queriendo y que correspondía así a un afecto inmenso que supo conquistar entre todos los que le conocimos.

Amigo entrañable, hombre que honró la tarea formadora que fue para él la que dio sentido a su vida, persona singular en la que un profundo sentido de la fraternidad lo hacía abogar por la justicia para todos los hombres reivindicando así el quehacer político en su más noble y elevado sentido, fue también un aristócrata del espíritu por su aguda inteligencia y sensibilidad refinada. Su lenguaje tan lleno de verdad, al cual se añadía ese tono de ironía que sólo lo posee quien ve el trasfondo de las cosas, se atemperaba con un matiz de cariño inconmensurable que hacía que lo que hubiera podido ser desconcertante se aceptara porque había detrás de quien

* Rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Palabras leídas durante las honras fúnebres realizadas el 10 de mayo de 1999 en la Parroquia de Nuestra Señora de Fátima (Miraflores)

lo decía amor y gracia, además de inteligencia. Supo pues nuestro querido Óscar hallar esa exacta proporción que a tantos nos falta para conjugar mente y corazón cuando se trata de vivir con los demás.

La Universidad se ofreció para ser su hogar y él la aceptó comprometido porque estaba avocado a ella. Hoy que físicamente ya no ocupará esos lugares que le vieron realizarse como maestro y en los que arraigó amistades numerosas y profundas volvamos a las palabras de Juan y extraigamos de ella la promesa: *"ustedes me verán y recordarán, porque yo sigo viviendo"*. Óscar, colega, amigo, parte de nuestra familia, en efecto, siempre estarás con nosotros y no nos será posible olvidarte. Al lado del Señor, míranos con piedad a los que estamos aún en espera, ayúdanos y sigue así mostrándonos tu amor.

In memoriam Óscar Mavila

Luis Jaime Cisneros*

La vida universitaria nos puso en contacto cordial y profundo con Óscar Mavila hace unos cuarenta años. Reconstruyo esos días iniciales de la Plaza Francia (ojos sorprendidos, sonrisa franca pero austera, y una pierna enyesada por un accidente ahora imprecisable). Fue alumno en varios de mis cursos, más tarde mi asistente, luego compartió conmigo la enseñanza del curso de Lengua (ya en el *campus* de Pando). Buen lector, cultivó al principio vivo interés por los escritores del 98, se interesó en la literatura peruana contemporánea, lo inquietó la política partidaria, cultivó la instructiva y provechosa curiosidad de los viajes. Su conversación era agradable porque la nutría una sólida inquietud intelectual y la salpicaba de gracia su espontánea facilidad para la ironía y el humor. Si es verdad que en los últimos tiempos la salud solía jugarle malas pasadas, y ya parecía acostumbrarnos a jornadas de inquietud, Óscar (sin ocultar temores) permitía alentar la esperanza (hoy desmentida) de que había muchas jornadas de luz por delante, ya fuera en el *campus*, ya en los entreactos de los conciertos de la Filarmónica. Todo esto se ha hecho humo el último domingo cuando una voz amiga arriesgó palabras para mí impronunciables. Por eso hay luto en mi corazón: un profesor nunca espera que sus alumnos lo precedan en este camino. Óscar fue un interlocutor necesario: su presencia física era una diaria confirmación de que la fragua universitaria estaba en pleno ardor. Esperamos que ese fuego siga fortaleciéndonos, porque esa será una feliz manera de disimular su real ausencia y una clara demostración de que el diálogo -almo diálogo de sombras- permanecerá como nuestra divisa mejor.

* Profesor Principal del Departamento Académico de Humanidades.

Al profesor Mavila

*José Alejandro Cárdenas Bunsen**

Permítame recordarle públicamente mis primeros días de clase, los más tempranos de mi vida universitaria. A usted le tocó recibirnos. Entró al salón, ocupó el pupitre, enseguida pasó la lista y dedicó el resto de su clase inaugural a reseñar las responsabilidades que acabábamos de adquirir por nuestra condición de universitarios y a prometernos el descubrimiento de una nueva dimensión en nuestras vidas. Le confieso que en ese momento no aquilatamos el alcance real de sus palabras. Sin embargo, usted mismo se encargó de ir aclarando nuestra comprensión. Así, a lo largo de ese primer semestre de 1989, en medio de sus arduas exposiciones sobre teoría lingüística, fuimos comprobando su promesa inicial a la par que lo íbamos conociendo mejor a través de los libros de texto obligatorios y de las recomendaciones literarias que usted había previsto para nosotros. Usted no podría desmentirme al contar ahora que en sus clases cualquier tema le resultaba oportuno para empezar una disquisición sobre la literatura japonesa, la prosa de Borges, o las novelas latinoamericanas de la dictadura, por no mencionar más que algunos de sus temas favoritos.

Por el interés que despertó entre mis compañeros, usted terminó por establecer un seminario destinado a comentar los pormenores de la *Historia de Genji*. Gracias a esa inacabable novela, los que asistimos conocimos una nueva faceta suya al hallar en usted a un lector perspicaz y sensible, capaz de hacernos apreciar un arte tan lejano de nosotros. Gracias también a esa novela, usted se acercó más a nosotros hasta convertirse en un generoso maestro, casi en un tutor, ya que al encomendarnos a cada uno el comentario semanal de uno de los capítulos, usted nos asistía infatigablemente en la preparación de dicha exposición.

* Profesor del Departamento Académico de Humanidades.

Años después, cuando fue mi coordinador –primero en la escuela preuniversitaria de la Universidad Peruana Cayetano Heredia y luego en nuestra querida Universidad Católica– la amistad que había cultivado con mis compañeros y conmigo se consolidó del todo en un sentimiento maduro y fecundo, porque el compromiso de formar a las generaciones más jóvenes y los alegres desvelos por darle vida a nuestra especialidad nos unieron más a usted. En esos trajines, supimos que Óscar Mavila era, además de maestro y de coordinador, una persona llena de generosidad, amante de largas conversaciones, un luchador valiente que inclusive en las horas más difíciles no perdía el buen humor y, sobre todo, un hombre de buen corazón.

Sé que estas palabras no las suscribo únicamente a título personal y sé también que soy el portavoz de mis compañeros, de los de entonces y de los de ahora. Por lo tanto, es de todos la alegría de haber encontrado en usted a un entrañable amigo que ya en nuestras vidas cotidianas desde mucho antes de su partida ocupaba un lugar irremplazable en nuestros corazones. Ahora, este desordenado montón de memorias lo evoco ante sus familiares y amigos con el único propósito de hacerle saber que su lección de generosidad, de buen corazón y de sincero compañerismo quedará imborrablemente impresa en nosotros y perdurará como usted hubiese querido que fuera: a la manera de una infinita conversación con usted.

Presencia de Óscar Mavila

*Eduardo Hopkins Rodríguez**

Durante el otoño de 1993 en Seúl, Francisco Carranza, destacado profesor de Lingüística radicado en Corea y gran amigo de Óscar Mavila, nos reunió en varias oportunidades. A través de incansables conversaciones logramos establecer una amistad que, ya en Lima, se consolidó en la Universidad Católica con motivo de diversos proyectos académicos y por intermedio de la confrontación de problemas que exigían la mayor atención.

No es fácil escribir estas líneas, tanto por el recuerdo del apreciado amigo y la calidad de sus principios, como por las actuales circunstancias que hacen tan necesarios su presencia y su consejo.

Considero que una de las mayores lecciones que Óscar Mavila ha dejado a discípulos y amigos consiste en su absoluto compromiso con la Universidad, a la que imaginaba como centro de cultura en el cual la formación de una alta conciencia ética y social debía poseer una posición equivalente a la del mayor nivel académico.

Es en tal sentido que debemos reconocer que comportamientos perniciosos, extraños al verdadero carácter magisterial universitario, siempre fueron detectados oportunamente por él y combatidos con la mayor energía. Los impostores, los falsos especialistas, los expertos en materias banales, los usurpadores de jerarquías, los inescrupulosos, los que pretenden hacerse un espacio a cualquier precio, los plagiarios, los demagogos, entre otros, eran definidos claramente como obstáculos para el desarrollo de una organización de alto rango académico y auténticamente democrática.

Escasos fueron los aspectos concernientes a la vida institucional que no recibieron de su parte una evaluación pertinente. Pese a su

* Profesor del Departamento Académico de Humanidades.

delicado estado de salud, procuró estar presente en las discusiones y actividades a las que era convocado por la Universidad en reconocimiento a su valor intelectual, a la firmeza de sus principios y a su capacidad crítica, habiendo cumplido con exceso las normales exigencias de su labor.

Lejos de la egoísta concentración en beneficios personales, su horizonte cotidiano como docente y autoridad estaba orientado por una perspectiva totalizadora acerca de los más elevados fines de la institución.

Entre sus preocupaciones como profesor incluía no solamente la orientación profesional de sus alumnos, sino también la búsqueda de vocaciones auténticas y de talento para la actividad académica. Sus criterios de evaluación para candidatos a la docencia tomaban en consideración especialmente la calidad humana del postulante, la rectitud de su conducta, su sentido de responsabilidad y su capacidad de trabajo.

Si algo lo ofendía era la deslealtad. Los gestos de mal agradecimiento, en cambio, le producían una tristeza que solamente podía compensar con decisiones de la mayor generosidad.

En el diálogo personal resaltaba su irónica percepción de las inquietudes humanas. En tales condiciones, sus interlocutores debían estar atentos para responder al reto de la agudeza y prontitud de sus comentarios.

Óscar Mavila fue un profesor inteligente, informado, rigurosamente exigente consigo mismo. Como lector incansable y culto, poseía una fina percepción del proceso cultural hispanoamericano. Era un humanista que escribía con ejemplar elegancia, evitando la frase fácil y definiendo su estilo con sensibilidad y precisión. Cuando se dirigía a un auditorio lograba con naturalidad comunicar sus pensamientos en medio de una atmósfera emotiva sobriamente estructurada.

Quisiera concluir señalando que el excepcional espíritu de diálogo civilizado que Óscar Mavila construía alrededor suyo será siempre materia de grato recuerdo.

Recordando a Óscar

*Hidefuji Sameda**

Mi querido Óscar vino al Japón dos veces como profesor visitante de nuestra Casa de Estudios y pasó en total cuatro años en Osaka, segunda ciudad del Japón. Es decir, que él se hizo cargo de las clases de conversación española desde abril de 1982 hasta fines de marzo de 1984 y desde abril de 1986 hasta fines de marzo de 1988. Y su trabajo como profesor visitante fue perfecto y tenía fama de profesor severo, pero muy simpático. Aquí quisiera apuntar, como su amigo y "hermano mayor" del Japón, unos episodios agradables que recuerdo con frecuencia.

En su primera estadía en Osaka, vivió en un departamento del condominio que estaba muy cerca de mi casa, ya que me hice cargo de atenderle como profesor responsable de haberle invitado como profesor visitante. Y a poco tiempo de su llegada, le acompañé a varios lugares para que se acostumbrase a la vida del Japón. Así fuimos juntos a la municipalidad, iglesia católica, supermercado, oficina de correos, compañía de teléfonos, banco, etc.

Un día fuimos a un banco para abrir una cuenta, ya que nuestra Universidad abona el sueldo regularmente en la cuenta bancaria. Por eso Óscar depósito una cantidad de dinero, y entonces la cajera de la sección de depósito le dio un juego de toallas y jabones junto con la libreta de banco, como una señal de la gratitud del banco por haber abierto una nueva cuenta. Entonces mi querido hermano se emocionó mucho y debía de pensar que podría recibir siempre algo como regalo en el banco. Así, cuando fuimos al banco para sacar dinero depositado, él no quería moverse ni un paso aún después de recibir el dinero. Entonces le pregunté por qué no

* Profesor Titular de la Sección de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Estudios Extranjeros de Osaka (Japón).

salimos del banco. Me contestó con cara muy seria que esperaba a que se le ofreciera algo como regalo. Por ello me vi obligado a explicarle que todos los bancos siempre obsequian algo al cliente que deposita una cantidad de dinero, pero no al que lo saca. Entonces él me dijo con un aire de extrañeza que el banco debería pagar la misma atención al cliente que saca dinero, insistiendo en que el negocio del banco no consiste sólo en guardar en depósito el dinero del cliente. Hoy ya está desapareciendo esta costumbre del banco, debido a que se usa generalmente la tarjeta para depositar y sacar el dinero.

Hay una costumbre, quizá propiamente japonesa, que le emocionó mucho a nuestro Óscar y que todavía sigue siendo observada: es que en casi todas las cafeterías o restaurantes, las camareras, al escuchar el pedido, entregan una pequeña toalla mojada con agua caliente a los clientes para que se limpien las manos antes de tomar bebida o comida. Con esta toalla Óscar solía limpiar primero la cara, y después las manos, lo que llamaba atención a otros clientes japoneses. Esto quizá se debe a su gusto por la limpieza, porque creo que, aunque vienen a mi Universidad muchos extranjeros como profesores visitantes, no había ni hay ningún profesor extranjero, excepto él, que emplee a una señora japonesa para limpiar su departamento.

En su primera estadía en el Japón, nació mi última hija, llamada Sayaka, por ello Óscar se tomaba la molestia de acompañarnos en varias ceremonias tradicionales celebradas en el templo o en el santuario para rogar por la felicidad para la recién nacida. Por eso mismo parece que él sentía afecto especial por ella, aunque tengo otros dos hijos, y la llevaba en los brazos. Pero debido a que él tenía un magnífico bigote, ella a veces intentaba resistirle y lloraba mucho. Es así que Óscar le dio el sobrenombre de «diablita». Y esa «diablita» ya tiene 17 años y aún ahora lo recuerda con mucha añoranza.

Cuando Óscar tuvo dolor de cabeza o de estómago, lo llevé al médico de cabecera. Entonces ocurrió a veces que no pude explicar bien al médico el grado de dolor que atacó a mi hermano, ya

que el médico preguntó cómo le duele, utilizando unas onomatopeyas cuyo sentido es sutilmente diferente, tales como «*siku-siku*», «*kiri-kiri*», «*zuki-zuki*», «*ziwa-ziwa*», «*zusun-zusun*» etc. Estas onomatopeyas no es fácil traducirlas a castellano, por lo que solía yo contestar al médico sin preguntárselo a Óscar, que le duele «*zuki-zuki*» (más o menos igual que «agudamente»). Por eso sólo no tuve ganas de acompañarle a la clínica, y le pedía con insistencia que se cuidase bien y que dejase de fumar, ya que me había enterado, por medio del doctor de la Universidad que se encargaba del reconocimiento médico de los profesores visitantes, de que él tenía una enfermedad al pulmón.

Aquí voy a confesar una cosa, creyendo que ya se extinguió mi culpa por prescripción. Es que en su segunda estadía, le permití conducir el carro, teniendo en cuenta que ya estaba bien acostumbrado a la vida en el Japón, y le enseñé una «estrategia». Es bien sabido que en nuestro país es muy riguroso el código de la circulación: por ejemplo, si estaciona el carro en un lugar prohibido más de media hora, la multa es casi US\$100, y si conduce con la velocidad más alta que la máxima permitida, la multa más baja es más de US\$ 200, ya que la multa se cambia de acuerdo con la velocidad extralimitada. Y la conducción en el estado de embriaguez quita al conductor el carnet y se le impone una multa más alta. Por eso le aconsejé que, si le cogieran los policías del tráfico por alguna infracción, no hablase de ninguna manera inglés, sino que echara una arenga en castellano, ya que entonces no había policías que supieran entenderlo, y además ninguna ley del tráfico estipulaba que se debería hablar con los policías en japonés o inglés. Que haciéndolo así, ya los policías le soltarían irritándose con la incomprensión de las palabras. Y creo que gracias a este «buen consejo» Óscar pudo escapar tres o cuatro veces de pagar la multa (de paso digo que ahora ya no sirve esta «estrategia», porque hay unos policías especiales que reciben la enseñanza del castellano, debido a que trabajan muchos hispanohablantes en el Japón).

Hay un eufemismo muy difundido entre los japoneses, que le chocó mucho a Óscar. O sea que, entre los japoneses, si se pide a

alguien algo que le sería difícil de aceptar, éste suele contestar que «voy a pensarlo» en el mismo sentido de que «no lo acepto». Y no se le avisa después ninguna respuesta. Esta expresión ambigua se usa mucho para no producir al solicitante una sensación desagradable, que tendría si se lo rechazara en el acto. Este eufemismo lo criticó mucho nuestro querido Óscar diciendo que los extranjeros, al oír la expresión de «voy a pensarlo», tendrían la esperanza de que sea aceptada la solicitud. Así, cuando me pidió algo imposible de aceptar, le dije siempre con firmeza que «no». Entonces Óscar a veces me dijo: «*Tienes que decir que voy a pensarlo*».

Así hay muchos episodios interesantes en torno a la vida de nuestro querido Óscar en el Japón, pero dejo de escribir más porque no quiero gastar tiempo en hacerlo más prolijamente. Y a continuación quisiera mencionar sobre su trabajo como profesor visitante. Al principio de estas «memorias» dije que es profesor severo, pero muy simpático, porque creo que durante su estadía nunca faltó a la clase (4 clases diurnas y 2 clases nocturnas a la semana: una clase consta de 90 minutos) y pasó lista en todas las clases. Y aunque un estudiante asistiera a todas las clases (en total 30 clases al año académico), si tomó mala nota en dos exámenes, Óscar no le aprobó nunca. En cualquier clase hay unas «calamidades», sinónimo de los estudiantes que, aunque no estudian, quieren ser aprobados sólo asistiendo a la clase. Y a veces unos profesores japoneses les aprueban, si asisten a la clase más de la mitad del número total de clases. Pero Óscar no admitió de ninguna manera tal actitud como docente. En este sentido para los estudiantes era el profesor severo, pero en el sentido profundo era muy simpático, porque siempre estaba preocupado seriamente por el futuro de esos estudiantes.

Así mi querido Óscar nos enseñó sin palabras cómo deben comportarse los docentes universitarios para con los estudiantes. Por ello tengo por gran orgullo haber podido invitar a tal excelente profesor a mi Universidad, y agradezco mucho al doctor Salomón Lerner Febres, Rector de la PUCP, que era entonces el Jefe de Departamento de Humanidades, por habérmelo recomendado como profesor visitante.

Y con motivo de la venida de Óscar, empezó la relación amistosa y académica entre la PUCP y mi Universidad de Estudios Extranjeros de Osaka. Y ahora dicha relación sigue siendo cada vez más fuerte, y de acuerdo con el convenio del intercambio estudiantil, las estudiantes de la Sección de Estudios Latinoamericanos que presidió, estudian en la PUCP como becarias del gobierno japonés y las dos chicas de la PUCP, también con beca de nuestro gobierno, asisten a mi seminario sobre las crónicas andinas en que participan casi quince alumnos japoneses. O sea que Óscar sembró una semilla para establecer la relación muy fraternal entre las dos Universidades, y esta semilla está echando brotes, porque de los becarios que han estudiado en la PUCP, bajo la dirección de Óscar ha salido un profesor joven, quien está dictando la clase de la Literatura Hispanoamericana en nuestra sección.

Para terminar quisiera añadir una cosa, por la que quizá estará muy preocupado Óscar en el cielo. Me refiero al Centro de Estudios Orientales. Ya sabemos que Óscar se esforzó mucho en desarrollar este Centro, pero debido a una serie de circunstancias, no progresó tanto como él esperaba. Así espero que los profesores que se encargan de la administración de dicho Centro hagan mucho más esfuerzos con la iniciativa del director, doctor José León Herrera, y digo que estoy dispuesto a colaborar con ellos para el desarrollo del Centro. ¡Ojalá en el futuro cercano salga de la PUCP un especialista de estudios japoneses! Entonces Óscar estará muy contento y dirá *Arigato*.

Óscar Mavila en Corea

*Francisco Carranza Romero y
Hyesun Ko de Carranza**

Los seres humanos no somos más que fragmentos ambulantes de una interminable y multitudinaria peregrinación. No sabemos cuándo comenzó ni cuándo terminará esta romería. Simplemente participamos por haber nacido y por aferrarnos a la vida. Sin embargo, uno tras otro vamos quedando al margen del camino. Los que continuamos el viaje vivimos recordando a los que se quedaron atrás descansando y mirándonos la espalda.

Enfermo - profesional

Son las 6 p.m. de un día invernal coreano, el ambiente interior del Aeropuerto Kimpo está abrigado como para quitarse el abrigo, pero afuera el termómetro marca 7 grados bajo cero. Hoy es 26 de febrero de 1993.

Óscar Alejandro Mavila Marquina, profesor de Lengua Española de la Pontificia Universidad Católica del Perú, sale de la aduana empujando una carretilla sobre la que ha colocado su maleta, llega a Corea para trabajar por dos años en la Universidad Dankook. Las citadas universidades del Perú y Corea tienen el convenio de intercambio de docentes, estudiantes, publicaciones y colaboración en muchas actividades académicas. Durante el largo viaje desde Lima no ha tenido tiempo para descansar, sus barbas crecidas más que nunca lo dicen todo. Carraspea, respira con dificultad, recurre a su inhalador, carraspea otra vez y pide un sorbo de café antes de continuar el viaje.

* El profesor Carranza enseña en la Universidad Hankuk de Estudios Extranjeros y la profesora Ko de Carranza hace lo propio en la Universidad Dankook (Corea del Sur).

Como muchos limeños de nacimiento y vida, Óscar era un asmático crónico. ¡Soy un enfermo profesional! decía a todos. Sabía sobrellevar su mal con buen humor, superaba sus males-tares con proyectos y actividades. Y, para sorpresa de todos, sacaba tantas energías de su débil físico.

Durante dos horas de viaje por carretera sigue carraspeando, ensaya muchas posturas sobre el asiento tratando de superar el cansancio, hasta que al fin escucha: ¡Profesor, ya llegamos a su apartamento! . Es la casa que la Universidad Dankook le ofrece como parte del contrato. Le enseñan las habitaciones y los mecanismos de uso de la calefacción, cocina, etc... *-Basta... basta... Muchas gracias por todo. Lo que necesito urgentemente es tenderme sobre la cama y no despertarme hasta no haber recuperado las energías.*

Oficina de Inmigración

Antes del inicio de clases debe firmar el contrato, legalizar el documento de respaldo de la universidad, adjuntar su pasaporte y fotos, y luego llevarlos a la Oficina de Inmigración. Como el *campus* de su universidad está en Chonan, debe ir a la ciudad de Taejon. Con paciencia y comprensión llega a la inmigración donde un empleado le pide que estampe sus diez huellas dactilares de las manos. *-Me niego, no soy un delincuente, soy un profesor.*

-En Japón yo firmé por los coreanos que protestaban porque las autoridades japonesas les obligaban estampar sus diez huellas dactilares como a los criminales. -Señor, es la ley... -Entonces, los coreanos no tienen por qué criticar al Japón por este maltrato -carraspea, está enojado y se decide a abandonar la oficina.

El profesor que lo acompaña, después de dialogar con el funcionario, le pide que se tranquilice, que el empleado le comprende y le da la razón, pero que él es sólo un empleado y no puede hacer nada para cambiar la ley... Al final, de mala gana, sin emitir más palabras, deja que el empleado proceda y

cumpla su trabajo. Este trato humillante, no sólo para él, sino para todos los extranjeros que debemos soportarlo no sólo en Corea sino en muchos países que se dicen ser respetuosos de la dignidad de la persona, se repite tantas veces.

Profesor exigente

Por su barba de abuelo, por su altura de un metro ochenta y por su voz ronca, durante los primeros días, los alumnos le miraron con cierto temor. Sin embargo, pasadas algunas semanas, se le acercaron porque vieron en él a un hombre respetuoso, responsable y cariñoso. Llegaba siempre puntual a las clases y a todos los compromisos.

Como ya no le tenían miedo, le gastaban bromas y le entonaban las canciones que más le gustaban a su profesor. Algunas veces lo visitaban a su casa para consultarle tantas cosas o para hacerle probar la comida coreana o para aprender a preparar los platos peruanos o, simplemente, para practicar el español. *"Es serio y tiene cara de abuelo regañón, pero es muy amable y generoso"*, era el comentario de sus alumnos. Tanta era su relación con algunos alumnos que les pedía que le hicieran operaciones bancarias para lo cual, como es de suponer, les entregaba su libreta o tarjeta de banco, les enseñaba su código secreto y hasta les confiaba su pasaporte y sello. Y nunca tuvo problemas.

Eso sí, en la clase y en los exámenes era muy exigente y justo.

Aún después de muchos años de su partida de Corea, siguió manteniendo puntual correspondencia con sus estudiantes, colegas y amigos, y algunos que lo visitaron en Lima fueron bien recibidos y atendidos.

Crítica y lealtad

No sé si es virtud o defecto practicar la crítica cueste lo que cueste. Pero sí sabemos todos que el silencio del cobarde es defecto y complicidad. Óscar fue calificado de criticón por los

que nunca supieron abrir la boca oportunamente, aun habiendo una verdad evidente. Cuando había que defender una razón o imponerla, Óscar no escatimaba esfuerzos ni recursos. Los que no valoraron su sinceridad abierta de llamar las cosas por su nombre se le alejaron o nunca le perdonaron. Sin embargo, a pesar de todos sus dardos críticos, era muy leal con los principios y con los amigos.

Generosidad

Durante los primeros días una anciana coreana, más por necesidad que por estar en buenas condiciones de trabajar, se le ofreció para las labores de aseo de casa, lavado y planchado de ropas. Durante los dos años la anciana no tuvo ningún problema con el extranjero que le pagaba puntual y hasta le regalaba propinas en Navidad, Año Nuevo Lunar y *Chusok* (la fiesta de la cosecha). Y cuando tuvo que marcharse de Corea, le entregó una propina especial de agradecimiento.

Después de dos años, esa misma anciana nos llamó una vez para avisarnos que como no tenía trabajo se iría a otro pueblo donde vivía un familiar, y de paso preguntó por el generoso profesor peruano. Después de esa llamada no hemos sabido nada de ella; de estar viva, seguro que seguirá recordando al extranjero generoso.

En junio de 1993, un joven peruano se marchaba a Estados Unidos para estudiar su doctorado allá. Para la reunión de despedida en nuestra casa invitamos a Óscar y le pedimos su aporte de cien dólares para ayudar al paisano que se marchaba de Corea con su esposa e hija. Apenas llegó a la reunión nos entregó un sobre conteniendo cien mil wones, que equivalía a más de lo pedido. Después de entregar nuestro aporte común al paisano, aprovechando un momento de privacidad, le agradecemos: *Gracias, Óscar, por tu oportuna generosidad... Apenas lo has visto y tratado una vez al paisano... -No tienen por qué agradecerme. Por algo somos socialcristianos.*

Óscar, te contamos que ese amigo y paisano, ahora ya doctor y docente en una universidad estadounidense, nos ha pedido tu teléfono y correo electrónico porque quiere comunicarse contigo... Le hemos contestado de inmediato. Ahora que ya está muy bien enterado de tu partida se ha quedado mudo y con la carta en la computadora sin poder enviarla a donde...

Óscar, siempre con nosotros

*Eduardo Huarag Álvarez**

“Qué difícil es hacerse a la idea de que ya no estará con nosotros”, pensé varias veces y creo que hasta lo dije, hablando a solas, caminando alrededor de ese pequeño jardín, núcleo natural del Departamento de Humanidades. Desde la literatura sabemos la intensidad de las evocaciones, y quienes compartimos con Óscar la docencia y la amistad, lo estaremos evocando siempre por su espíritu amical, afectuoso, sincero, irónico y siempre político. Su temprana desaparición nos dejó desconcertados. Sabíamos que era una operación delicada, pero no sentíamos que aquellos días en que lo vimos en la clínica, siempre con ese espíritu sereno y optimista, serían los últimos días en que podríamos gozar de su coloquialidad y afecto. La noticia de su deceso fue un duro golpe para quienes trabajamos muy de cerca con él, para quienes lo conocimos de años. Tal vez sea más preciso decir que una fractura emocional se produjo en muchos de nosotros, sus amigos, sus compañeros, sus interlocutores para sus reproches y reclamos.

A pesar de los años transcurridos, parece que fue hace poco que nos conociéramos en el patio de Letras de la Plaza Francia, viejo local de la PUCP. No éramos de la misma promoción, pero las Jefaturas de Prácticas, el gusto por la narrativa hispanoamericana y el interés por la política hicieron que pronto estrecháramos amistad. Yo no acababa aún los estudios de la Doctoral de Letras cuando Óscar me propuso que, aparte de enseñar las horas de práctica de Lengua, enseñara también doce horas en la Universidad Nacional de Ingeniería. Aquello era una especie de bautismo de fuego porque era la primera vez que me vería ante más de cien alumnos por aula. En el fondo, él sabía que acaso me estaba soltando al ruedo muy temprano y por eso, al término de mis clases, siempre acompañado de un café,

* Profesor del Departamento Académico de Humanidades

cigarrillos y su casaca de gamuza, me interrogaba acerca de cómo me había ido en clase. Sus sugerencias, las del colega con mayor experiencia, eran en tono de hermano mayor. Esas primeras orientaciones en el tránsito de la vida y que uno nunca olvida.

Las prácticas de Lengua, en los EE GG Ciencias, se realizaban los sábados por la tarde. Él, como profesor titular, no tenía que venir. Pero a las dos de la tarde lo encontrábamos allí para darnos indicaciones complementarias y resolver algunas dudas. Después de la jornada, hacia las cuatro de la tarde, lo encontraríamos otra vez. Pero entonces ya no se trataba de una reunión académica sino de hacer tertulia con una taza de café en el «Romeo», de la avenida Brasil. Se nos iban un par de horas o más hablando de los amigos, de la literatura y siempre del acontecer político.

Años después no me sorprendió saber que iba a realizar su investigación sobre la dictadura en la novela latinoamericana. Ese era su tema. Nadie mejor que él para tratar acerca de la narrativa latinoamericana y nadie mejor que él para analizar el acontecer político de América Latina. Alguna vez me comentó los planeamientos básicos de su investigación. En ella expresaba su capacidad analítica y sus aportes eran interesantes.

Sin embargo, su sentido analítico y perfeccionista revertía contra él, y por eso la redacción final lo dejaba para después.

Tenía una extraordinaria capacidad para observar a las personas y aquello daba lugar a confidencias con fino sentido del humor. Estaba pendiente del rendimiento de los docentes y nuevos profesionales para llamar a los mejores. Su preocupación por darle a la institución lo que académicamente consideraba lo mejor era constante. La institución fue toda su vida.

Los velorios son una expresión colectiva a la vez que individual. Uno comparte con los que conocieron pero a la vez se encuentra absorto en ese monólogo interior que quisiéramos se convierta en diálogo. El destino, la circunstancia, el Ser supremo quiere que nos quedemos sólo con el monólogo. ¡Qué difícil será hacerse a la idea que ya no estará con nosotros el hermano mayor!

La amistad permanente de Óscar Mavila

*José León Herrera**

Recordar a un amigo tan querido como Óscar Mavila alegra el corazón y pesa en el alma. En la memoria, que se empeña en que no desaparezca nada, suelen confundirse la noción del recuerdo mismo y aquello que recordamos. En el caso de Óscar esto es inevitable, pues la persona amiga y la amistad se nos presentan como inseparables.

En efecto, Óscar tuvo la rara virtud de que su actitud frente a aquellos a quienes concedía su amistad, fuese sentida siempre como una especie de vínculo permanente, de carácter absolutamente personal. Esta entrega total de sí mismo, tan característica en él, era la razón por la cual sus amigos podían estar seguros de que ninguna circunstancia habría de alterar la naturaleza esencial de su amistad.

Cuántas veces he sido testigo, algo atemorizado, de sus severas expresiones cuando pensaba que alguno de sus amigos, a veces muy cercano, había errado en su comportamiento. Pero, cuántas veces, también, he podido comprobar que sus palabras estaban dirigidas siempre a criticar lo que él consideraba equivocado, pero nunca en contra de las personas mismas.

Es claro que este compromiso, que alguna vez debió sellar consigo mismo, de ser absolutamente consecuente con sus ideas y con sus sentimientos, le producía a veces sinsabores. Pero, como si el destino le hubiese concedido una protección especial, siempre quedaba incólume el delgado e invisible hilo que une a las almas amigas.

* Profesor Principal del Departamento Académico de Humanidades y Director del Centro de Estudios Orientales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Y es que la trama del tejido en que se basaba su amistad había sido muy cuidadosamente trabajada. Era una labor diaria, a lo largo de años, en que cada vez se reanudaba el curso de las conversaciones y se volvían a recordar las experiencias compartidas. Se establecían así lazos misteriosos, incomprensibles a menudo para quienes desconocían la clave secreta. Se trataba, tal vez, de una coincidencia, ciertamente no casual, sobre el valor o la belleza de una obra de arte. O era, tal vez, una observación, aparentemente banal, sobre el significado de una palabra o una expresión, surgida en el curso de una de esas largas jornadas de conversación, que eran la especialidad de Óscar; con un buen trago en la mano, se creaba entonces un mágico ambiente, agradable y amistoso, en donde la seriedad del diálogo quedaba magistralmente matizada por su inconfundible ingenio, bajo el imperio siempre de las buenas maneras y el buen gusto. Otras veces, se trataba de alguno de esos fecundos intercambios de ideas sobre los más diversos temas, que iban desde la política hasta la religión, pasando por la literatura universal, la historia, el arte. O, muchas veces, eran asuntos de la vida diaria, los pequeños y grandes problemas, en los que su consejo era siempre bienvenido y muy generosamente concedido.

Cómo, pues, no recordar ahora nuestras andanzas por las callejuelas de Kyoto, esa maravillosa ciudad que, de alguna manera, representa lo más auténtico del espíritu del Japón, que Óscar había aprendido a amar en sus largas estancias en ese país. A menudo se acordaba de aquellas interminables escalinatas que, bajo la impecable dirección de mi esposa y acompañados de mis bulliciosos hijos, solíamos ascender penosamente para admirar la extraña belleza de los templos y santuarios. O rememorábamos nostálgicamente aquellas entretenidas veladas nocturnas en nuestra casa de Yamashina, cuando, alguna vez, en medio de la noche, salíamos a la calle desierta para escuchar el amenazante ruido del tifón que soplaba furiosamente. Y también nuestras periódicas visitas a Tokyo, donde encontramos siempre la grata compañía de Alberto Tamayo, viejo amigo de Óscar, con quien recorríamos los más interesantes rincones de la gran urbe.

Y luego, ciertamente, los encuentros diarios; el despacho de los asuntos del Centro de Estudios Orientales, a los que Óscar dedicaba su más esmerada atención, como lo hacía con todo lo concerniente a nuestra institución universitaria; el café, que compartíamos día a día y las largas sobremesas en la Cafetería de Letras, animadas siempre por los agudos comentarios y las sesudas observaciones de Óscar.

La memoria, en verdad, se alimenta de experiencias vividas. Selecciona los mejores momentos y los guarda para siempre. Uno de ellos ha sido para mí la amistad de Óscar. Su hilo no se ha roto.

A Óscar, amigo y maestro

Iván Augusto A. Pinto Román *

Escribirte, Óscar, es como dialogar amenamente otra vez. Partiste demasiado pronto, cuando la voz del otoño nos hablaba, como siempre, entre los árboles. No buscaste amistad, la diste a raudales y por ello la hallaste abundante y grata.

Tus lecciones de vida apuntaban a que tus amigos, discípulos, aprendieran a columbrar en el más desnudo tronco, que parecía abatido de invierno, a la prodigiosa portadora de sueños y ensueños, la primavera.

Amabas y gozabas de la conversación de vasta y rica temática, guiando con tu innato arte de dialogante a tu embelesado entorno. Tu atención cuidadosa por la lengua castellana, sus glorias y avatares, cristalizados en literaturas varias, fecundas, distantes pero confluentes, fue motivo de reflexivas e iluminadoras discusiones acerca, por ejemplo, de las *"Noticias del Imperio"*, del notable novelador de la historia mejicana Fernando del Paso; o de *"Bomarzo"* elaborada conseja de otros tiempos y tierras, del fabulador argentino Manuel Mujica Láinez. Acucioso analista de la narrativa del Perú, de tan vigente y honda urgencia, como en las páginas de Julio Ramón Ribeyro, cuya *"Palabra del mudo"*, recalcabas, aún en los noventa nos ofrece instantáneas punzantes y dolientes de un Perú que sigue en busca de sí mismo... Enamorado de la poesía, supiste contagiar tu admiración y aprecio por Jorge Luis Borges, cincelador de prosas poéticas y pintor de ejemplares versos castellanos; y a su vez, recordaste la persistencia de nuestro ser barroco en los introspectivos versos del que, como la rosa, sin ninguna intención naciera sino la de legarnos su visión de la belleza, Martín Adán.

* Profesor del Centro de Estudios Orientales (PUCP).

Óscar, tu espíritu inquieto de hurgador de humanidades plasmadas en las letras transpuso el amplio océano vecino y apuntó hacia las islas de Cipango y hacia el peninsular Reino Ermitaño. Y transportado a aquel extremo, nuevamente, con tu mágico don descubridor lograste hallar, y luego compartir, la gracia y dimensión de las creaciones literarias del Japón y de Corea.

Fue así, merced a tu entusiasmo y al armonioso encuentro de seguidores ávidos del saber de Occidente y Oriente, que impulsaste el Seminario de Literatura Japonesa, ofreciendo como fundamento tu experiencia y modelo de lector, analista y traductor, con la mira de dar a conocer en el Perú algo de la notabilísima y copiosa literatura del País del Sol Naciente.

En tu entorno, cada semana, empezó una tarea difícil, mas altamente gratificante, el estudio e interpretación castellana del reputado primer ejemplo de su género en el Japón y el mundo, el cuaderno de ensayos, "al correr de la pluma", de la cautivadora, aguda y brillante dama de la corte Heian, Sei Shônagon, quien con su *Makura no Sôshi* (Libro de Cabecera) dejara un inestimable testimonio personal, elegante e ingenioso de sus vivencias en la más refinada sociedad letrada del mundo, entre los siglos X y XI d.C.

Como los poetas de aquende y allende sin cesar reiteran, las lunas y los años se suceden y para siempre pasan, pero la inapreciable ofrenda de la amistad ilumina la existencia de quienes la reciben. Óscar, el regalo de tu enseñanza de maestro y amigo nos obliga, gratamente, a recordarte. En nombre de todos los que compartiéramos contigo estas perennes lecciones que ya Murasaki Shikibu subrayara, te agradecemos de corazón la transmisión de tu sentir del *mono no aware*, de la compasión por este nuestro mundo evanescente. Y, como despedida, permíteme glosar los únicos versos a la amistad que anónimo pincel incluyera en los *Ise Monogatari*:

Que lejos estés
imaginar no puedo,
puesto que el olvido
ni un instante roza mi espíritu
y así tu rostro afable siempre ante mi está.

Óscar Mavila bajo los plátanos del Bulevar Artigas

Raquel García *

Conocí a Óscar Mavila en abril de 1997, cuando hacía algunas semanas que mi familia y yo habíamos llegado del Uruguay al Perú y yo buscaba ansiosa insertarme también laboralmente en el nuevo medio. Era un otoño sofocante, como lo fue todo aquel año marcado por el fenómeno de "El Niño".

Una primera incursión exploratoria al *campus* de la PUCP había resultado infructuosa. Esta vez, sin embargo, yo había tenido la suerte de que el padre Klaiber me recibiese suave y firme en su oficina, y había probado por vez primera su enorme capacidad de escuchar al otro. Jeffrey Klaiber consideró que lo mejor sería una entrevista con el profesor Óscar Mavila, así que estuve por el resto de la mañana sentada en el vestíbulo del Departamento de Humanidades, imaginándome cómo sería moverse cotidianamente entre esos estudiantes, esos edificios, los luminosos jardines con rosas.

Por fin llegó Mavila de dictar sus clases; me parecieron ceremoniosos su paso y su voz. Fue correcto y amable, pero por desgracia opinaba que mi formación y experiencia eran por el momento innecesarias en los cursos de Literatura Hispanoamericana. Mientras lo miraba hablar, yo sentía que se evaporaban las ilusiones crecidas dentro de mí las horas previas. Ilusión de participar en el proyecto cultural de una gran casa, ilusión de establecerme en diálogo con otros, ilusión de atisbar el asombroso, ingente Perú desde otra perspectiva: la académica.

Nuestro diálogo se encaminaba por esa terrible senda de aquellos diálogos en que alguien está obligado a decirle a otro alguien que sus servicios no son requeridos. Languidecíamos la oficina, Mavila

* Profesora de literatura en la Universidad de la República (Montevideo)

y yo, cuando de pronto se nos ocurrió que tal vez mis conocimientos de lengua y literatura alemana sí podrían ser necesarios. Por supuesto, dijo Mavila, podríamos ofrecer un curso de literatura alemana en el ciclo entrante. La posibilidad casi cierta de pasar a dictar clases en la Universidad Católica me hizo feliz.

Óscar Mavila pasó a ser, junto con los estudiantes, mi interlocutor principal en la universidad. En adelante me presentaría a los colegas docentes; recuerdo que conocí a los profesores Hopkins, Mauchi y Zanelli en una mesa redonda sobre la entonces última obra de Mario Vargas Llosa. Muchas veces estuve conversando con Mavila en su oficina o en la cafetería de Letras. Hablábamos sobre los estudiantes y sus expectativas ante la literatura y las clases de literatura, sobre los cursos que él y yo dictábamos, sobre las dificultades de concebir un curso sobre deontología de las ciencias lingüísticas y literarias, sobre su admiración por Alfred Döblin y la novela de la gran ciudad de Berlín.

En octubre de 1997 me había invitado a participar en un coloquio sobre la literatura japonesa, de la cual muy pocos autores me eran conocidos. Le comenté a Mavila mi intención de escribir un trabajo sobre Kawabata Yasunari; él me apoyó y trazó para mí en pocos minutos un recorrido de esa literatura desde sus orígenes, con una claridad deslumbrante. También me recomendó leyese un libro de Ivan Morris sobre la vida cortesana en el Japón antiguo, y ese libro fue una experiencia muy enriquecedora para mí.

Una vez una colega de la Facultad, que conocía a Óscar Mavila desde la época en que ambos eran estudiantes, me confió cuán seria era la afección respiratoria de que sufría, y por ella supe también que Mavila había sido fumador insensible gran parte de su vida. No recuerdo si el Mavila que yo llegué a conocer todavía fumaba, pero desde entonces en mi imaginación lo vi fumar abundante, devotamente.

Ignoro hasta el día de hoy cómo estaba estructurada su vida privada, pero me pregunté a veces cómo serían los versos que ese hombre tímido seguramente había escrito, quizá escribiera todavía.

Óscar Mavila despertaba en mí respeto, curiosidad y cierta ternura. La curiosidad provenía de su estatura sorprendente, la delgadez crispada de rostro y manos, la presencia vigilante de las garrafas de oxígeno junto a su escritorio. La ternura probablemente respondiese a su evidente fragilidad física, pero también a las evocaciones que Mavila hizo para mí de los frondosos plátanos del Bulevar Artigas en Montevideo, mi ciudad natal. En el Hospital Italiano de esa avenida, Mavila había visitado a un médico especialista. En ese hospital vetusco y todavía digno le practicarían, me dijo, una operación muy delicada. A Mavila le habría gustado vivir en Montevideo, me dijo una vez en la cafetería de Letras; le gustaban la oferta teatral y el tamaño de nuestra capital, casi provinciana. Desde ese día lo asocié a los árboles de una calle montevideana.

En marzo pasado me despedí de Óscar Mavila hasta agosto. A fines de 1998 me había llegado una invitación para dictar clases en una universidad de Alemania, y yo la había aceptado. Mavila y yo convinimos que a mi regreso de Europa en agosto, me haría cargo nuevamente de un curso de Literatura Alemana.

En la universidad de Augsburg recibí en mayo la noticia del fallecimiento de Óscar Mavila; el correo electrónico de un amigo de Lima me trajo el relámpago. Luego me fui enterando de la operación respiratoria, la prometedora recuperación, la trampa súbita del corazón. Sentí pena por todos los que lo dejaríamos de ver en la Universidad Católica.

Me han reconfortado los homenajes que se le han dedicado, y considero por demás bella la edición de los poemas de Li Tai Po que en su memoria han preparado Fernán Alayza Alves-Oliveira y Ricardo Silva-Santisteban para la colección *El Manantial Oculto*, de la universidad.

Agradezco al padre Klaiber por haberme hecho partícipe, a través del correo electrónico, de aspectos de la partida y la despedida de Mavila que yo no conocía, y finalmente también a Ricardo Sumalavia, por permitirme esta evocación.

Óscar Mavila: un personaje de novela

Jeffrey Klaiber, S.J.*

Más que un colega, Óscar Mavila fue para nosotros un amigo y un hermano. Para los profesores jóvenes era un hermano mayor. Óscar fue un amigo fiel en quien uno podía confiar. Él amaba a la Universidad –que era el centro de su vida– y tenía un cariño especial para el Departamento de Humanidades. Para describir a Óscar se me ocurre recurrir a la literatura, que era justamente su campo.

Al recordar su figura me hace pensar en distintos personajes de Graham Green y Charles Dickens. Justamente las novelas de Graham Green sobre América Latina eran objetos del estudio de Óscar. Green se ocupaba de la problemática política y social de América Latina: por eso aparece con frecuencia la figura de algún dictador o bien, *El poder y la gloria*, la revolución mexicana. Encuentro algo de los personajes de Green en Óscar: cierta excentricidad exagerada, humor mordaz y socarrón y fragilidad humana. Los héroes eran figuras como Charlie Chaplin: pintorescas y graciosas por fuera, nobles y generosas por dentro. También a veces Óscar proyectaba cierto aire de *savoir-faire* cansado, pero al tocar fondo, uno descubría en él un idealista que todavía tenía batallas por lidiar y sueños por realizar. Las conversaciones con Óscar sobre la mesa frecuentemente se convertían en conspiraciones contra el sistema, pero las conspiraciones organizadas por Óscar, como las cruzadas del Hombre de la Mancha, a veces se dirigían contra molinos de viento imaginarios, y siempre con el fin de divertir a los conspiradores. Al mismo tiempo la mesa donde se encontraba Óscar parecía a veces como una especie de comando supremo donde se recogían los últimos rumores y se producían nuevos chismes. Cada sobremesa era un nuevo capítulo en la lucha continua para mejorar el mundo, mediante comentarios cáusticos,

* Jefe del Departamento Académico de Humanidades.

burlones y serios. Óscar amaba la vida y su manera de expresarlo consistía en añadir picante para darle más sabor.

Pero también había algo de Dickens en Óscar. Dickens, por cierto, era un victoriano en plena época victoriana. El autor de *Oliver Twist* y *David Copperfield* creía firmemente en la honestidad, el trabajo, Dios y la patria; también estimaba el respeto a las formas y los buenos modales. En cambio, hacía la burla a los pomposos y los hipócritas que exageraban las formas en desmedro del respeto hacia las personas. Los buenos en las novelas de Dickens son las personas de buen corazón que compadecen de los marginados y pobres. Los malos ("*Scrooge*", por ejemplo, en *La canción de Navidad*) son los que no tienen corazón. Óscar también respetaba las formas: era un caballero cabal. Por otro lado, no tenía paciencia ante la falsedad y la insensibilidad intencional. Y no tenía "pelos en la lengua" para expresar su desagrado.

Con toda seguridad podríamos mencionar más rasgos tomados de más novelas (de *El Quijote*, por ejemplo). Al dirigir la mirada hacia Óscar Mavila lo importante es apreciar el bien que hizo para nosotros. Con él nos reíamos de las cosas absurdas que hay en la vida y nos reíamos de nosotros mismos. Óscar dio más sabor a la vida, y a nuestras vidas concretamente. Como las buenas novelas no nos olvidaremos de Óscar Mavila, que era toda una novela en sí.

Óscar Mavila: un gran amigo

*Carlos Blancas Bustamante**

Pocas palabras pueden ser más difíciles que las que hoy me toca decir para despedir a nuestro querido amigo Óscar.

Por eso quiero dar un testimonio, en nombre de sus amigos, de lo que Óscar fue para nosotros: un gran amigo, con el cual forjamos una amistad profunda compartiendo ideales, tareas, proyectos. Pero fue más que eso: un hermano, que supo compartir con personas de diversas generaciones, a las que brindó afecto y atención. Ante sus hermanos aquí presentes, queremos decir que nosotros también hemos perdido a un hermano entrañable.

Óscar fue un hombre profundamente comprometido con un ideal de vida y de país. No se conformó ni aceptó las cosas como eran. Quiso ser y fue tremendamente fiel a su propia vocación, a su idea de servicio. Fui testigo cercano de su consecuencia, no libre de sinsabores y dificultades, para asumir su vocación inicial y verdadera y para desarrollar en la vida su proyecto personal e intelectual, con coraje y honestidad.

La convicción en sus ideales lo llevó muchas veces a disentir, a oponerse, a criticar. Pero no lo hizo por criticismo o pose sino por su indeclinable afán de defender lo que consideraba justo y correcto. No estaba hecho para conformar mayorías fáciles o corrientes de moda, sino para trabajar por principios verdaderos, por objetivos consistentes, a los cuales se consagró sin mirar intereses ni conveniencias.

* Profesor Principal del Departamento Académico de Derecho. Estas palabras fueron pronunciadas durante el sepelio de Óscar Mavila Marquina en el cementerio *Jardines de la Paz* (La Molina) el 10 de mayo de 1999.

Óscar tuvo un sentido auténtico de la amistad. Cultivó amistades profundas y perdurables, basadas en la sinceridad y el saber compartir. Por eso estamos aquí, sus amigos de siempre, de toda una vida, con ese sentimiento de dolor y ausencia, que su partida prematura nos deja.

Porque a su lado, sus amigos, vivimos las horas de la vida aprendiendo, discutiendo, pensando, riendo, soñando. Hoy, ninguna palabra servirá para expresar lo que sentimos, pero queremos que nuestra presencia a su lado, en la hora del adiós, sea el mejor testimonio del afecto profundo que siempre le tuvimos.

Gracias Óscar: gracias por tu mano siempre tendida, por tus brazos siempre abiertos, por tu palabra cálida e inteligente. Gracias por darnos lo mejor de ti mismo.

Gracias, amigo nuestro, hermano querido, por tu amistad sin límites, que hoy ha superado la frágil frontera de la vida para pervivir en el recuerdo de todos los que tuvimos la suerte de ser tus amigos.

Mi amigo Óscar

*José Antonio del Busto Duthuburu**

Lo conocí y traté ocho lustros. Era buen amigo y buen colega. Sano de costumbres, franco de trato, tenía un conocimiento de la realidad muy cultivado. Nos gustaba sentarnos a su lado durante el almuerzo porque tenía mucho sentido del humor. Sin embargo, fue crítico severo. En veces era comprensivo, elástico, pero en otras duro, lapidario. Como buen hombre de letras era proclive al apasionamiento, mas no por ello falseaba sus conclusiones, sólo las acentuaba sin caer en calumnia ni difamación. No mentía, comentaba, era veraz, era honesto. Fue más astuto que experimentado, más inteligente que astuto, y tan culto como inteligente.

Era un purista del idioma. Leía mucho, escribía poco, exponía con claridad. Era leal pero también rebelde, no podía vivir sumiso. Fue incapaz de una traición. Comprometido sin complicidad, siempre andaba en bandería. Buscaba la ecuanimidad, mas no le era fácil hallarla.

Amaba a su país. Le gustaba la política y fustigaba a los políticos. En materia de política no sabía perdonar. Vivía con aparente superficialidad, pero tenía pensamientos profundos. No era frívolo, pero disfrutaba con la vida. Leer un libro, por ejemplo, ocupaba un sitial superior en su escala de placeres.

Recuerdo el sábado que precedió a su intervención quirúrgica. En compañía de mi esposa lo fui a ver a la clínica. Entonces nos contó su situación: era de todo o nada. Podía seguir viviendo o morir. La operación tenía dos filis. Y al decirnos esto –puesto en paz con Dios y con los hombres– lucía una rara tranquilidad. Así transcurrió la visita y al momento de despedirse me miró, me estrechó reciamente la mano y sonrió serenamente. No dijo una sola palabra. Me gustó su forma viril de enfrentarse a la muerte.

* Profesor Emérito del Departamento Académico de Humanidades y Director del Instituto Riva-Agüero.



Martín

en el patio del Departamento de Humanidades,
junto al cerezo en flor, en setiembre de 1995.

(Foto por Cosme Trujillo Barrueta)



En el Auditorio de Humanidades, luego del homenaje académico ofrecido el 4 de diciembre de 1995 a la profesora **Dra. Purificación Estébanez Gallego** por la Facultad de Letras y Ciencias Humanas al retirarse de la Universidad después de cuarenta años de docencia. De izquierda a derecha: profesor **Óscar Mavila Marquina**, doctor **Franklin Pease García-Yrigoyen** (decano), doctora **Estébanez** y doctor **Salomón Lerner Febres** (rector). (Foto por Cosme Trujillo Barrueta).

Índice

Presentación, por la Dra. María Purificación Estébanez, profesora emérita del Departamento de Humanidades	5
No nos será posible olvidarte, por Salomón Lerner Febres	9
<i>In memoriam</i> Óscar Mavila, por Luis Jaime Cisneros Vizquerra	11
Al profesor Mavila por José Alejandro Cárdenas Bunsen	12
Presencia de Óscar Mavila por Eduardo Hopkins Rodríguez	14
Recordando a Óscar, por Hidefuji Someda	16
Óscar Mavila en Corea, por Francisco Carranza Romero y Hyesun Ko de Carranza	21
Óscar siempre con nosotros, por Eduardo Huarag Álvarez	26
La amistad permanente de Óscar Mavila, por José León Herrera	28
A Óscar, amigo y maestro, por Iván Augusto A. Pinto Román	31

Óscar Mavila bajo los plátanos del Bulevar Artigas, por Raquel García	33
Óscar Mavila: un personaje de novela, por Jeffrey Klaiber, S.J.	36
Óscar Mavila: un gran amigo, por Carlos Blancas Bustamante	38
Mi amigo Óscar, por José Antonio del Busto Duthurburu	40

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Sheyla Prado Guevara
Vanessa Veintemilla Minaya
Archiveras

María Dextre Vitaliano
Administradora

Arturo Fernández Farro
Christian Prada Flores
Diego del Río Figueroa
Alumnos colaboradores

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Elizabeth García Vásquez
Diagramadora

El número 16 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de imprimir el 20 de enero del 2000, quincuagésimo quinto natalicio de Óscar Mavila Marquina, en Fredy's Publicaciones y Servicios e.i.r.l. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.